

La mente del asesino

(Reina Roja Juan Gómez-Jurado)

Lo primero que llega es el dolor.

La primera bala, la primera mancha carmesí, la primera nota que inicia mi obra maestra.

Repetidos disparos marcan el ritmo. 1, 2, 3, 4...

Disparar y recargar.

El grito de los bajos y contraltos se intensifica formando un encantador coro.

Sublime. Mi respiración y latidos se aceleran.

Cada bala es una melodía que recitan para mí.

Las náuseas se van transformando en éxtasis paulatinamente.

El público del teatro trata de escapar por las salidas de emergencia, pero se encuentran completamente selladas. Un coro de gritos de dispersas voces se une a la composición.

Estorban, prefiero obras menos recargadas.

Al contacto de la fría bala con la piel, aparecen seguidamente distintos tonos bermellón que llenan el teatro de color, en lo que parecen ser deslumbrantes fuegos artificiales.

Mi cuerpo se estremece cuando las gotas escarlata rozan mi tez.

Espléndido, no puedo evitar sonreír.

Son marionetas, muevo los hilos para que bailen a mi son. Tengo el control. Soy un artista.

Yo orquesto la muerte.

1, 2, 3

Mi arma es un instrumento más en la obra, la pieza fundamental que traza el ritmo que siguen mis queridos títeres.

Pero siento que a esta composición le falta algo, estoy sediento de melodrama.

Mi público aguarda, les llegaré al corazón.

Veo unas mujeres jóvenes retorciéndose en la esquina del teatro.

Las soprano se unen al cantar. Sus dulces voces contrastan con los bajos y contraltos, cuyos cuerpos se están apagando poco a poco.

He de apresurarme no quiero que la ópera finalice todavía.

Necesito sentirlo más.

El éxtasis del asesinato, mipreciado e incomprensido arte.

1, 2, 1, 2

Un violín errante emerge entre las sombras, posándose sobre el angelical coro. Toca una aguda y tenebrosa melodía, mientras el coro trata de intensificarse más en un último aliento.

Como tratando de superar al lúcido violín. Casi gritando como almas en pena.

Oh, si. Mi obra maestra.

Las bellas voces del orfeón se van apagando poco a poco y yo detengo mi ritmo de disparos.

Sonrío de oreja a oreja y mi respiración se tranquiliza, mientras trato de hacer una reverencia sobre el escenario.

Cuando de repente, el violín emerge entre las tinieblas con su tétrica melodía, esta vez casi estridente.

Vienen a por mí.

Lo último que llega es la calma y el silencio, unido a una dosis de felicidad.

Se cierra el telón.